

EL SEÑOR DE LA CASA DE LAS MANILLAS

En el pueblo era conocido como el señor de la casa de las Manillas. Algunos, sin embargo, hablando de él decían despectivamente el tío forastero, y los pocos que lo trataban le llamaban respetuosamente don Álvaro.

Llegó pocos años atrás, después de heredar la casa y varios cortijos con dehesas, olivares y tierras de pan llevar. Era hombre de unos cuarenta años, alto, seco, frío, adusto y calculador. Se comentaba que fue bucanero en mares de las Indias, y que en Toledo, de donde procedía, se dedicó al préstamo y a la usura.

El pueblo es Sabiote, encaramado en uno de los cerros más altos de la Loma de Úbeda. Es villa milenaria, con castillo, murallas con altos torreones de vigilancia y siete puertas de acceso que, todavía en aquellos años de la última década del siglo XIX, seguían cerrándose al toque de oración y abriéndose al amanecer. Tiene casa consistorial con alcalde, escribano y alguacil, así como médico-cirujano, ministrante y dos escuelas públicas, con maestra miga una y otra para niños con maestro. Hay también una majestuosa iglesia parroquial con curato de término y de presentación por parte de un marqués, dueño de grandes propiedades en la villa, y servida por un prior, un cura teniente, dos beneficiados, sacristán mayor, sirviente y sochantre. Además, un convento que fue de religiosas carmelitas descalzas, dos capillas y dos ermitas, una de ellas la del patrono San Ginés de la Jara.

De murallas afuera las tierras son feraces y los olivares productivos. Desde torreones y miradores puede contemplarse un extenso paisaje que por el norte se pierde en Sierra Morena y rompe el valle del Guadalimar, donde se inician las tierras rojizas de El Condado; y por el sur, en dirección este, se ve en lontananza Sierra Mágina, así como las de Cazorla, Segura y las Villas.

La casa de las Manillas está cerca de la parroquia y a la entrada del barrio del Albaicín. Toda ella es de piedra de cantería, y en su fachada, además de las manillas o anillos que denotan su nobleza, tiene sendos escudos de armas y el año de su procedencia: 1550.

Don Álvaro heredó casa, tierras y cortijos de una hermana de su madre, doña María Zarzalejo Teruel y Dávalos, la señora, última descendiente por vía directa de don Pero Zarzalejo, conquistador de la villa en tiempos de San Fernando y tronco de varias ramas que, a lo largo de cuatro siglos, dieron a Sabiote importantes hombres que ocuparon cargos diversos, ya como alcaldes del castillo, inquisidores, priores, familiares del Santo Oficio, corregidores, regidores...

Cuando don Álvaro se hizo cargo de las propiedades heredadas, procedió con un mal meditado calculismo y despidió a hombres y mujeres que llevaban toda una vida ligados a la señora y a sus padres por lazos de trabajo y afectivos. Así se deshizo de manijeros, muleros, gañanes, porqueros, caseros y caseras, aperadores, braceros y mozos y mozas de servicio. Vendió casi la totalidad del ganado por considerarlo improductivo,

incluso el tronco de caballos que siempre utilizó la señora, su tía, además de otros animales y aves de cuadra y corral.

Ante los del pueblo don Álvaro nunca fue bien visto, pero aunque las familias pudientes lo recibieron primero con fría hostilidad y luego con indiferencia y la clase baja con desprecio continuado, todos respetaban la enorme fuerza de su posición social y económica e incluso su personalidad, ciertamente violenta y egoísta, pero llena de vitalidad.

Es soltero don Álvaro, pese a su edad, y vive solo en la casa de las Manillas, si bien suele pasar con él largas temporadas su hermana, la señorita Juliana, alta, huesuda, de edad indefinida y mal casada, según se comenta. Tiene una sirvienta, Petra, cuarentona y sonrosada, único vestigio del numeroso servicio que siempre hubo, pero le ayudan en las tareas domésticas su hermano Ginés y una sobrina de ambos, Mariquilla.

Ginés es viejo, dicharachero y ocurrente y, entre otras cosas, se ocupa de atender el poco ganado que queda en las cuadras. Tiene un burro propio, *Completo*, del que dice que se llama así porque no le falta na, y al que, según dicen también, quiere como a las niñas de sus ojos.

Mariquilla es grácil, sencilla y linda, vivaracha en ocasiones y tímida otras. Tiene la tez morena, el pelo negro como el azabache y los ojos verdes. Al mirarla suele bajarlos, y, a veces, se encienden sus mejillas y se ponen como la grana. Andará por los dieciocho o veinte años, pero no se le conoce novio, pese a que la cortejan mocicos del pueblo y forasteros. La sacó de pila la señora, de quien tomó el nombre; su madre murió siendo niña y su padre cuando era mozuela. Vive con su tío Ginés en la casa que éste tiene en el Albaicín. La vivienda es pequeña y humilde, pues solamente consta de portal-cocina, dos habitaciones dormitorio, cuadra y corral con pozo medianero, pero reluce toda ella como los chorros del oro. A veces, la tía Petra reside con ellos cuando el amo va de viaje o a los cortijos.

Aquel día había en Sabiote una gran agitación. Hombres del campo, agrupados en la Puerta de la Villa junto a la vieja iglesia de la Reina, clamaban airados contra la injusticia de un paro que venía manteniéndose desde hacía meses. Juan Navarrete, apodado *Manteca*, menudo, vivaz y de palabra fácil y cálida, se subió a un banco de piedra y, dirigiéndose a los demás, dijo:

-Compañeros, con el paro el hambre se ha apoderado de nuestros cuerpos y el de nuestras mujeres e hijos. Si esto continúa, lo que nos espera es ir poco a poco al panteón en la caja de las ánimas y con entierro *pollar*. El abandono de los ricos, y sobre todo, la muerte de la señora, que Dios tenga en su gloria, han sido causa de nuestra desgracia. Ella siempre nos dio trabajo y afecto, pero su sucesor, por el contrario, no sólo nos ha quitado el pan, sino que ha hipotecado y embargado a los que tuvimos la desgracia de deberle unos duros a él o a su tía. Y como las autoridades son ellos, los ricos, y ellos no nos oyen, tenemos que ser nosotros mismos los que resolvamos nuestros propios problemas. Por mi parte, he dicho.

La arenga excitó a todos. Y dijo uno:

-Nos quitan las tierras y las dejan de erial. Y los quiñones de *la Vega*, *la Serna*, *la Solana* y otros, son nuestros porque nosotros los otoñamos, los aramos y segamos las mieses, las trillamos y las aventamos. Y nuestros son también los olivares de *la Dehesa*, de *la Hoz*, de *la Covatilla* y de varios sitios más, porque los aramos y los binamos, les

cavamos los pies y los vareamos cuando el fruto está en sazón. Y son nuestras mujeres e hijos quienes se tiran al suelo para arrancar la aceituna una a una de entre los terrones y el hielo.

Y dijo otro:

-No me pondré los peales ni me calzaré las abarcas para servir a quien es capaz de quitar el pan a mis hijos. Tenemos la recolección encima, ¡pues que sieguen las mieses el señor de la casa de las Manillas y quienes le siguen, que nosotros nos quedaremos con nuestra dignidad y nuestra hambre!

Y un tercero:

-Que nadie coja una hoz, que nadie arranque un garbanzo, que nadie saque una bestia con albarda y jamugas. Por una puñetera vez, ¡vamos a mantenernos unidos!

Cuando Juan Antonio el de *las Monjas* se levantó para hablar se produjo un respetuoso silencio. Es hombre serio, de palabra lenta y monótona, que había estado siempre al servicio de la señora ocupando puestos destacados, ya sea como aperador o como mulero mayor. Y les dijo:

-Amigos, cuanto habéis dicho es cierto y no hay ninguno que no lleve razón en lo que ha expuesto. Cierto es también que tenemos que tomar una decisión, pero ésta debe ser conocida de los propietarios antes de proceder. Propongo que les comuniquemos, empezando por don Álvaro, que, en la recolección de cereales que se avecina, no pensamos coger una sola espiga si antes no se devuelven las tierras a los que las tenían y se proporciona trabajo a los que lo necesitan. Para ello debe nombrarse una comisión y yo me ofrezco el primero. El que quiera que me siga.

Ningún hombre se movió ni levantó la voz. El hecho de ponerse ante la presencia de don Álvaro para una embajada semejante aterraba a la mayoría. Al fin, uno dijo que fuera el propio Juan Antonio el que eligiera acompañantes, y éste se decidió por *Manteca*, Carrasco, Juan del Rox y *Cascajo*. Y prometió informar del resultado de la entrevista.

La casa de las Manillas tiene rejas de hierro forjado y fuertes puertas de madera con clavos, llamadores y un postigo que siempre permanece abierto. El zaguán es amplio, con gruesas vigas en el techo y dos hachones de aceite, uno en cada pared, que se encienden al anochecer y tienen la cal ennegrecida. La cancela, enfrente, está hecha de madera de cuarterones y da paso al portal. A su derecha, un tirador que hace sonar una campanilla al accionarse, y a la izquierda, en lo alto, un ventanuco por el que se suele asomar la pálida cara de la señorita Juliana.

Cuando la campanilla sonó y abrió Petra la puerta, palideció al ver a los cinco visitantes. Pero, sin decir palabra, les hizo pasar y subió a llamar a su señor.

El señor aparece por una puerta a la que se accede subiendo unos peldaños. Su traje es oscuro, su tez cetrina, su mirada profunda. Con una indicación autoritaria hace subir a los comisionados a una sala amplia con estrado negro, grandes cortinas y un ligero olor a incienso. Nadie se sienta.

-Tenéis la palabra, les dice.

Juan Antonio balbucea, carraspea, tose y al fin se decide:

-Desde que la señora falta...

Le corta airado don Álvaro:

-A la señora, mi tía, no hay que recordarla sino para deseárselo descanso eterno. Ahora el señor soy yo, y yo decido en mi casa.

Insiste el campesino:

-Con respeto quiero decir a su merced que las decisiones y acciones de mi señora, que gloria halle, permitían que viviéramos con holgura nosotros y nuestras familias. Las tuyas, señor don Álvaro, han traído el hambre y la ruina a nuestras casas.

-Yo tomo mis decisiones en defensa de mis intereses -dijo don Álvaro-; que cada uno tome las tuyas para defender los propios y que deje a los demás.

-Señor, sus cortijos se han quedado vacíos y algunos se hunden; gran parte del ganado ha sido malvendido o ha muerto; los campos están yermos, las mieses se agostan, la aceituna de las dos últimas cosechas se secó en el árbol y la caída se envolvió entre la tierra y la maleza. Y todo ha sucedido así con el pretexto de que esos campos no son rentables. ¡Los mismos campos que siempre han alimentado a nuestros padres y a los padres de nuestros padres!

-Vosotros, y no otros habéis labrado mis tierras y pastoreado mi ganado. Nunca llamé para hacerlo a un forastero, dijo el amo.

-Porque cobramos menos, masculló *Cascajo*.

-Y menos que vas a cobrar -voceó don Álvaro-, porque en esta casa no vuelves a trabajar.

-Mi amo -dijo Juan Antonio con aplomo-, si se nos impide decir la verdad, aunque sea molesta, ni mis compañeros ni yo podemos permanecer aquí.

-Tú y tus compañeros donde estáis haciendo falta es en la calle. Y en lo que a ti concierne, ve preparando el dinero que me debes, porque si al vencimiento del pagaré no me traes el importe, te vuela lo poco que tienes.

-Sí, nos vamos, pero no sin decirle antes que es grande la cosecha de cereal que tenemos encima, y que ni los hombres segarán ni las mujeres espigarán ni arrancarán un garbanzo, si antes no nos ponemos de acuerdo en las condiciones.

-Amenazas a mí. ¡Fuera de mi casa! ¡Fuera!!

Petra, como venía observando que Mariquilla miraba a don Álvaro con buenos ojos y que a veces justificaba sus acciones, le dijo un día:

-No me gusta como miras al señor ni como te mira él a ti. Vete y no vuelvas a esta casa, que aquí no hay nada bueno.

Pero Mariquilla hizo oídos sordos a los consejos de su tía y continuó yendo a la casa, acaso por la fuerza de la costumbre, acaso porque tenía seguridad en sí misma, acaso...

La señorita Juliana dijo a Petra:

-Si tu hermano Ginés nos entrega la casa y el burro, evitará que tengamos que recurrir a los tribunales, que aumente la deuda con los gastos y que incluso pueda verse entre rejas.

Entre sollozos respondió Petra:

-Sin su vivienda mi hermano y mi sobrina quedarán en la calle y yo misma no tendré adonde ir el día en que deje esta casa. Y mi Ginés sin el borrico perderá la vida, pues es mucho lo que lo quiere y lo que lo necesita. Por caridad, déjennos ahora tranquilos, y con la poca cosecha que vamos a coger, con lo que espigue mi sobrina y con algo más de tiempo que nos den, ya verán como pagamos lo que les debemos.

Pero Juliana, inflexible, le dijo que eran muchos los pagos que tenían que hacer y que necesitaban el dinero con urgencia.

Después Petra llamó a su sobrina y se lo contó todo. Mariquilla se dio cuenta del problema que se les avecinaba, pero se mordió los labios y no dijo nada.

Días antes de que se diera la voz para iniciar la recolección, se produjo una fuerte explosión de noticias y acontecimientos que conmocionaron la vida del pueblo.

Cuando ya su estado casi lo evidenciaba, Mariquilla comunicó a su tía que estaba embarazada de don Álvaro. Y al embargar poco después el juzgado los bienes de Juan Antonio y de otros trabajadores, pero no los de Ginés, todos creyeron intuir la razón.

Tres días después se produjo una fuerte tempestad y un rayo incendió la casa de las Manillas. Entre el fragor de la tormenta, el tañido de las campanas tocando a rebato y el griterío de los vecinos que expusieron valientemente sus vidas, don Álvaro, su hermana y Petra fueron sacados de entre las llamas. El peor parado fue don Álvaro, quien, por salvar a las mujeres, se debatió entre el fuego, el humo y los escombros hasta apartarlas del peligro.

Las puertas de las casas de la vecindad se abrieron para acoger a los heridos y, en una de ellas, don Álvaro, medio asfixiado, quemado y con violentas convulsiones, vio próxima su muerte y mandó llamar al prior, el cual, después de confesarlo, habló largamente con Mariquilla primero y luego con sus tíos y con la señorita Juliana y, pese a la férrea oposición de ésta, concertó la boda y los casó *in artículo mortis*.

Durante varios días se debatió el señor de la casa de las Manillas entre la vida y la muerte, y como mientras tanto las siembras se secaban en los campos porque los trabajadores mantenían el paro acordado, el cura aconsejó a Mariquilla que, como legítima esposa del dueño, tratara de resolver la situación. Y Mariquilla lo hizo sin titubear. Llamó a Juan Antonio, a *Manteca*, a Juan del Rox y a otros, y, tras exponerles el caso, les ofreció jornal y participación, a cobrar una vez que se vendieran los primeros granos. Al día siguiente, y ya con el sí por delante, se ocupó de buscar el resto del personal y ella misma se puso al frente de la cuadrilla de mujeres. Luego compró fiados unos pares de mulos y contrató otros con sus respectivos muleros. Mandó limpiar las eras del pueblo y las de los cortijos, y de cuadras y graneros sacó rulos, horcates, colleras, ubios, barzones, horcas, cribas, fanegas, celemines...

En poco tiempo la recolección se puso en marcha. Los segadores, envueltos en sudor y polvo, cortaban con sus hoces la mies y formaban gavillas que cargaban en mulos, burros, carros y carretas que las transportaban a las eras, en donde lentos rulos chapeteros conducidos por niños o viejos que se sentaban en sillas de ramales, aplastaban las espigas desgranándolas. Después, tras juntar la parva, se aventaba ésta para separar la paja del grano, y el cereal formaba así el pez que era medido en fanegas o celemines y transportado a los graneros.

La joven esposa vendió a precio relativamente bajo las primeras fanegas con objeto de anticipar dinero a los trabajadores. Pero como a la vez se vio sorprendida con la llegada de acreedores que, asustados por el estado de don Álvaro, presentaban recibos, letras y pagarés a su cargo, ató cabos con lo que había visto y oído antes y comprendió que su marido se hallaba en bancarrota. Entonces habló con el prior y con Juan Antonio y éstos le confirmaron que, en efecto, el descuido de las fincas y las malas inversiones hechas en préstamos e hipotecas le habían llevado a tal estado.

Mientras, la fortaleza física del enfermo logró imponerse sobre sus dolencias y lentamente empezó a mejorar. Pero, a medida que se iba haciendo cargo de la situación, reaccionaba con violencia. Instigado por su hermana, se negó a considerar a Mariquilla como esposa con el pretexto de haber sido engañado por el cura cuando no era dueño de su persona y, en consecuencia, rehusó aceptar sus decisiones como administradora de la casa y de la hacienda.

Mariquilla, que siempre había tratado a don Álvaro con miedo, pese a sentir por él un amor que rayaba en la veneración, se atrevió a hablarle en uno de los pocos momentos en que tuvo ocasión de verlo. Lentamente, y casi sin levantar los ojos, le dijo que había sido ella quien buscó su propia suerte o desgracia, pero no por interés, sino por amor. Porque el amor, añadió, también existe pese a la diferencia de edad y clase y porque ella lo había querido y lo quería al verlo siempre solo, luchando contra todos y contra todo, incluso contra su propia soberbia y su egoísmo. Y terminó diciendo:

-Nada quiero de usted ni nada pienso pedirle. Esto que me he buscado yo, yo misma lo voy a resolver. Quédese con mi amor, que ése no se lo puede quitar. Y quédese también con sus ejecutorias de nobleza y sus bienes, que yo tengo algo más grande que todo eso, que es el hijo que llevo en mis entrañas. Nuestro hijo.

Cuando el de las Manillas pudo levantarse, vio entre admirado y sorprendido todo lo que su mujer había conseguido, pero mantuvo firme su orgullosa decisión y lo que hizo fue llamar a su abogado y ejecutar cuantos pagarés tenía a su favor, entre ellos el de Ginés. Desahució a aparceros y arrendatarios con objeto de dejar libres sus propiedades y venderlas, y se deshizo a bajo precio de los cereales que ella mandó encerrar en almacenes y graneros.

Un día la justicia embargó la casa y el burro de Ginés, y éste quedó sumido en una profunda depresión, que se agravó cuando después le quitaron a *Completo* y lo depositaron en una cuadra municipal en espera de ser subastado.

Pero, al mismo tiempo, los acreedores hincaron sus garras sobre los bienes de don Álvaro y se sucedieron las ejecuciones de títulos y los consiguientes embargos y subastas. La curia paseó por el pueblo sus largas vestimentas, y subasteros, logreros y hombres de pocos escrúpulos examinaban las fincas para lanzarse sobre ellas como aves de rapiña en el mejor momento.

Mientras, Mariquilla había dado a luz a un precioso niño, y la tía Petra, que naturalmente había dejado a su amo, se convirtió en el alma de la casa de su hermano y en una inestimable ayuda para su sobrina. Pero ésta había llegado a la conclusión de que el pueblo no era ya el lugar adecuado para ella y para su hijo y decidió irse a las Américas con unos lejanos parientes que tenía en Buenos Aires. Y con el mismo ímpetu que ponía en todo, se dedicó a preparar el viaje ayudada por su tía.

Don Álvaro, desde que se enteró del nacimiento del niño era un alma en pena. Trataba siempre de hablar con quien hubiera visto a la madre y a su hijo y paseaba a caballo cerca de la casa en que vivían, levantándose sobre los estribos cada vez que pasaba junto al bajo bardal del corral de Ginés.

Mariquilla, que había preparado en secreto el viaje, salió de Sabiote antes del amanecer de un frío día de diciembre en una tartana con su hijo y escaso equipaje. Se proponía tomar un tren hasta Cádiz y desde allí un barco con destino a Buenos Aires. Pero su marcha, llevada con tanto sigilo, fue, sin embargo, un secreto a voces, por lo que la

noticia llegó rápidamente al conocimiento de don Álvaro, y éste, a través de la tartanera, se enteró de todos los pormenores.

Como una exhalación volvió a su casa, ensilló un caballo y salió a galope tendido. Encontró la tartana cuando, cerca ya de la estación de ferrocarril que habían hecho en término de Baeza, intentaba cruzar el río Guadalimar por un vado. Lívido, desencajado y sin hablar palabra, cogió en volandas a Mariquilla quien, con el niño en brazos, quedó montada sobre la grupa del caballo. Después le dijo algo ininteligible al cochero, y, a trote largo, volvió siguiendo el mismo camino por el que había llegado.

A eso del mediodía se bajaron los tres del caballo en el portal de la casa de las Manillas, y Juliana, que ya tenía el equipaje hecho, salió por la tarde en otra tartana, pero esta vez buscando un tren con dirección contraria.

Mariquilla habló largamente con su marido, y aunque él le dijo que su patrimonio estaba legalmente perdido, ella se puso en acción. Como ya se había dado la voz para la recogida de la cosecha de aceituna, que era buena, volvió a llamar a sus amigos, y todos, pese a lo sucedido anteriormente, respondieron como un solo hombre. Se formaron cuadrillas, ellos como vareadores, ellas como recogedoras, y, el día en que empezó la faena, largas filas de aceituneros se acercaban al tajo con el rito y la unción que si de una procesión se tratara. Y al llegar, desplegaban los hombres los mantones y con sus largas varas tiraban al suelo la aceituna; y las mujeres, de rodillas y con ropas hasta los pies, la recogían echándola en espuertas; e incluso los niños, entre risas y alborozos, cogían también las salteás como si fuera un juego.

Y cuando la curia o acreedores inoportunos se atrevían a aproximarse al pueblo, el vigía de turno, situado en la ermita de San Ginés, alertaba a los demás, y unos gritos dados a tiempo bastaban para hacer correr a los visitantes.

Al terminar la recolección, y después que el molino convirtiera en aceite la aceituna, el matrimonio quiso venderlo con ánimo de pagar al personal, pero el personal sólo aceptó unos reales para salir del paso, diciendo que dedicaran el resto a resolver la difícil situación.

Don Álvaro, que en los primeros días de la reconciliación se manifestaba entre hosco y taciturno, empezó a ganarse la confianza de la gente cuando lo vieron visitar frecuentemente los tajos y conversar con los aceituneros, o al asistir a misa con su mujer y alguna vez también con el niño, o cuando se enteraron de que se entrevistó en su casa con Juan Antonio el de *las Monjas* y le comunicó que había dado orden de retirar las demandas judiciales presentadas contra él y los restantes deudores. Pero como el grave problema económico subsistía, un día se marchó a Toledo, su tierra, con objeto de visitar a amigos y parientes y tratar de solucionarlo.

Durante el viaje de su marido Mariquilla habló con paisanos y conocidos, así como con jueces, abogados, acreedores y personas destacadas de los pueblos limítrofes. Su encanto y simpatía personal, así como el respeto que siempre inspiró todo lo relacionado con la casa de las Manillas, bastó para que se produjera el milagro de enderezar el mal sesgo que la misma había tomado con la entrada del nuevo propietario. Y con la ayuda económica de unos y los avales de otros, se pudieron paralizar los procedimientos judiciales más peligrosos.

Días después volvió don Álvaro cargado de buenas noticias. Sus deudos habían respondido mejor de lo que él esperaba. Incluso su hermana Juliana puso a su disposición el dinero de que disponía. Además, logró de un importante banco un crédito a largo plazo,

suficiente, según él, para evitar las subastas anunciadas e incluso para pagar a los trabajadores.

A la casa regresaron Petra y su hermano Ginés. Las cuadras, con ganado propio o prestado, volvieron a estar como en los mejores tiempos de la señora, y los cortijos, dehesas y huertas empezaron a cobrar vida. Fueron repartidas tierras y olivas a antiguos colonos en condiciones equitativas. Rebaños de la localidad y foráneos ocuparon de nuevo las dehesas, y viejos hortelanos cavaron las huertas y alumbraron el agua de los manantiales, casi secos por el pasado abandono.

Como el ejemplo de los de la casa de las Manillas empezó a cundir entre otros ricos hacendados, todos pensaron que el pueblo y sus gentes se transformarían, porque las tierras, antes yermas y baldías, serían cultivadas; y decenas de pares de mulos saldrían a la del alba de las casas y los cortijos; y los muleros hincarían en la tierra la reja de los arados haciendo surgir largos surcos paralelos que parecerían unirse en la lejanía; y hombres fornidos y sudorosos cavarían la tierra arrancándole terrones que envolverían sus piernas hasta las rodillas; y los surcos se llenarían de simiente que germinaría dando vida a la tierra; y los animales de los campos y las dehesas darían vida a otros animales; y el agua de los manantiales correría e inundaría las tablas de las huertas y los hoyos de los árboles frutales, y, con el sol, los campos sabioteños se llenarían de luz y de riqueza.

Pero algo quedaba sin resolver, y es que como la autoridad local no había recibido el mandamiento judicial necesario para liberar a *Completo* del depósito a que se hallaba sometido, el burro continuaba en la cuadra municipal, y, aunque Ginés estaba más tranquilo, aún contaba el tiempo que le quedaba para tenerlo, si bien sus perros *Madroño* y *Cartucho* seguían turnándose en la diaria compañía que hacían al burro desde que lo encerraron.

Cuando finalmente la orden llegó, el alguacil llevó al borrico a la casa de las Manillas, mas como su dueño no estaba en ella porque había ido a la fuente de *la Corregidora* por unos cántaros de agua, don Álvaro y Mariquilla, ésta con el niño en sus brazos, llevaron a *Completo* a la era del castillo a esperar el regreso de su amo. Entonces los vecinos, al darse cuenta de lo que ocurría, acudieron también por calles y callejas. Y cuando Ginés llegó y vio al burro se abrazó a él llorando. El niño, aunque nada entendía porque estaba en mantillas, reía, en tanto que sus padres y todos los demás lloraban. Los perros saltaban y ladraban, y *Completo*, que estaba en pelo, como si se diera cuenta se revolcaba complacido en el suelo y levantaba un montón de polvo que subía y se extendía formando una nubecilla blanca.

Y muchos pensaban que aquella nubecilla acaso fuera un ángel que un día llegara a Sabiote, y que, cumplida su misión, volvía al cielo despacio, lentamente.